



Capítulo 6

Las condiciones cambiantes de la vida rural

Las hambrunas y las crisis alimentarias exponen lo precario de los medios de vida de quienes se ven afectados por ellas. En el año 2002 varios países de África meridional sufrieron grave escasez de alimentos en diversas ocasiones. Los efectos fueron muy amplios: 14 millones de personas padecieron hambre y penurias. Las causas inmediatas fueron la sequía e inundaciones locales severas, pero las repercusiones fueron mucho mayores por la falta de seguridad alimentaria, grave situación a la que muchos hogares ya eran vulnerables. Las devastaciones causadas por el VIH/SIDA habían contribuido a reducir los bienes y las redes de apoyo social. Igualmente importante fue el ataque violento de la liberalización económica durante dos décadas, que socavó la capacidad de los pequeños propietarios para forjarse medios de vida viables, contribuyendo a agudizar la pobreza rural.¹

Casi al mismo tiempo, la India experimentó una serie inusitada de suicidios de cultivadores de algodón endeudados sin esperanza alguna. En respuesta al alza creciente de los precios mundiales del algodón a principios del decenio de 1990 y a la exhortación oficial conforme se iba liberalizando el comercio, los agricultores habían dedicado al cultivo de algodón la tierra que anteriormente había sido destinada al cultivo de granos alimentarios, particularmente en Andhra Pradesh, pero también en las provincias septentrionales de Karnataka y Punjab. Después de que los precios del algodón a nivel mundial llegaran a la cúspide a mediados de los años 90, descendieron repentinamente. A principios del decenio de 2000, arruinados por el endeudamiento, millares de agricultores se suicidaron, a menudo ingiriendo pesticidas.²

Estos ejemplos de grave aflicción están conectados entre sí. Ambos, cualesquiera que hayan sido sus causas incidentales, son resultados imprevistos de las opciones sistémicas de política por parte de los gobiernos poderosos y las instituciones financieras internacionales (IFI). La crisis alimentaria de África meridional arrojó luz sobre lo que había estado sucediendo en la vida de los agricultores de países endeudados y golpeados por la pobreza que fueron forzados a adoptar la receta de la liberalización. La historia sobre el algodón resume los riesgos relacionados con la confianza excesiva en la exportación de materias primas volátiles—el algodón no es de ninguna manera el único caso—cuyos precios en los mercados internacionales son inestables y experimentan caídas drásticas, algunas veces prolongadas. Al final del año 2001, los precios reales de las materias primas no combustibles habían caído hasta cerca de la mitad de su promedio anual para el período 1979-81, dando como resultado una acumulación de la deuda externa insostenible para los países exportadores de productos no petrolíferos.³ Dichas crisis, de las cuales se podrían citar muchos otros ejemplos, suscitaron cuestionamientos serios sobre la liberalización como modelo de política universal para los países en desarrollo con porcentajes altos de población rural dependiente de la agricultura.

Las distorsiones dentro del sistema contemporáneo de comercialización agrícola, por el cual los agricultores europeos y estadounidenses gozan de protección y subsidios y los del Sur se encuentran con que sus productos son excluidos de los mercados del Norte, han suscitado fuertes protestas por parte de los gobiernos del Sur; a pesar de las prolongadas negociaciones en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC),

estos conflictos continúan sin resolverse y la dirección futura de la política de comercialización agrícola sigue siendo confusa.⁴ Dicha discriminación a gran escala del Norte contra el Sur en el sistema comercial mundial atrae la atención de todos. Pero otras formas en que el resultado de la liberalización económica en la esfera agrícola discrimina a determinados grupos sociales son frecuentemente ignoradas. La perspectiva de género (con sus repercusiones diferenciales en mujeres y hombres, en niñas y niños), ha sido descuidada.

En este capítulo se analiza la liberalización de la agricultura desde una perspectiva de género, destacando los cambios habidos en las oportunidades de ingreso, en las responsabilidades agrícolas y familiares, y en el acceso a los recursos, por parte de las mujeres rurales en comparación con los hombres. La liberalización ha contribuido a la vulnerabilidad de los pequeños propietarios y a aumentar la carga de trabajo de las mujeres, pero sin generar las tasas previstas de crecimiento ni el buscado estímulo a la producción, al cambio tecnológico y a la reestructuración de la economía rural. También ha sacudido las relaciones sociales y acelerado los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres.

LOS EFECTOS DE LA LIBERALIZACIÓN EN LA POBREZA RURAL

Tanto en el África subsahariana como en Asia Meridional, una proporción elevada de la población continúa viviendo en las zonas rurales, y la agricultura es fundamental para el PIB y para los medios de vida de las personas (cuadro 6.1). La pobreza rural, incluida la femenina, es lo que está detrás de la selección de estas regiones para su examen. En contraste, América Latina está mucho más urbanizada y la agricultura contribuye con una parte relativamente pequeña del PIB. Sin embargo, los productos agrícolas continúan siendo una fuente importante de divisas, y las IFI han elogiado el éxito latinoamericano logrado en el giro hacia la agricultura de alto valor para exportación. Esta estrategia se apoya fuertemente en las trabajadoras agrícolas y, por lo tanto, vale la pena explorar sus efectos.

En el decenio de 1980, muchos países africanos y latinoamericanos sufrieron crisis económicas y las IFI diagnosticaron que ello era resultado directo de la fuerte participación estatal en la economía. El sector agrícola era visto como una víctima primordial de los regímenes dirigidos por el Estado; por ejemplo, las políticas de alimentos baratos distorsionaban los precios y deprimían los ingresos de los agricultores. Si en lugar de eso se dejara que el mercado determinara los precios, éstos se elevarían naturalmente y beneficiarían a los productores; mientras tanto, las devaluaciones de moneda y la reducción de los impuestos a la exportación ayudarían a promover las exportaciones de productos agrícolas. Ese era, al menos, el punto de vista de las políticas aceptado a nivel internacional.⁵

Es cierto que la mayoría de los Estados de los países en desarrollo estaban fuertemente involucrados en la economía. Por ejemplo, en los Estados recientemente independizados de África, en los años 60 se consideraba de manera generalizada que los mercados no eran adecuados para construir una economía fuerte. Se establecieron organismos estatales de comercialización para reglamentar la producción y el comercio de los productos agrícolas importantes; dichos organismos proporcionaban subsidios y, por lo general, pagaban los mismos precios a los agricultores de zonas remotas que a los que estaban cerca de los mercados urbanos. En América Latina, los precios agrícolas eran deprimidos artificialmente por una tasa de cambio sobrevaluada y por los impuestos a la exportación; pero esto se rectificaba hasta cierto punto mediante una transferencia positiva de recursos en el sector por vía de inversión pública, crédito subsidiado y servicios agrícolas.⁶

En ambas regiones, durante ese período hubo fluctuaciones amplias en el producto agrícola comercializado (véase la gráfica 6.1). En América Latina, el crecimiento en los años 70 fue considerable, con una tasa anual promedio del 3,3 por ciento. Durante los años 80 (el primer decenio de reforma) la tasa fluctuaba mucho; este período marcado por la crisis también fue testigo de un incremento general de la pobreza, que aumentó del 41 al 48 por ciento de todos los hogares. Durante el decenio de 1990 el crecimiento agrícola en promedio fue solamente del 2,2 por ciento. Los índices de pobreza mejoraron, pero sólo a un ritmo lento, de modo tal que América Latina entró en el nuevo

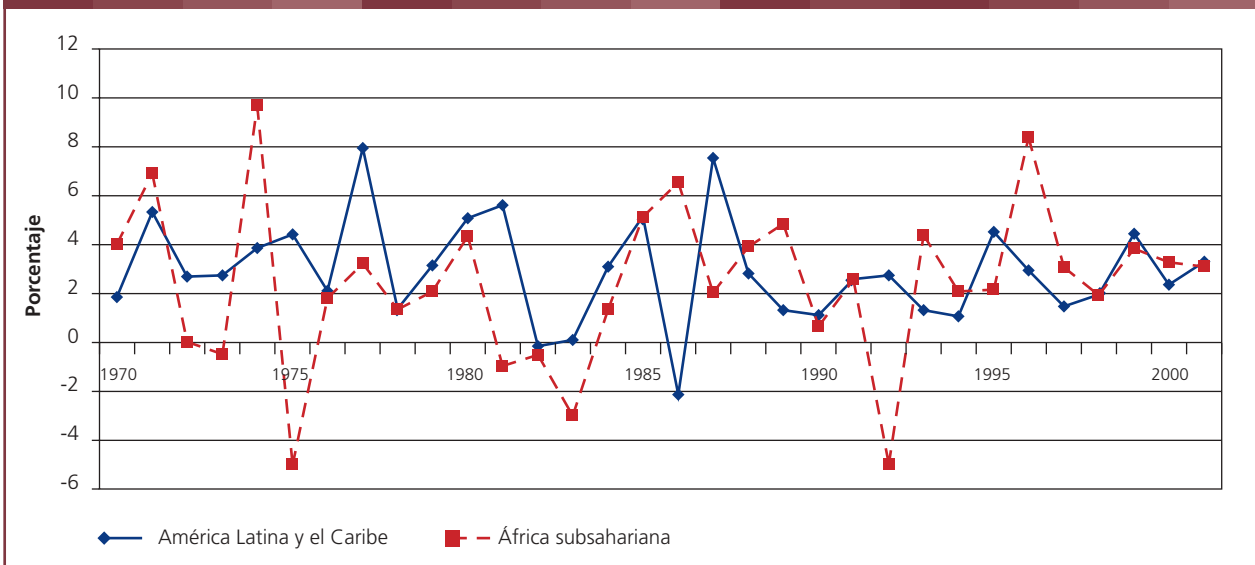
Cuadro 6.1 Población económicamente activa (PEA) en la agricultura, valor agregado agrícola y exportaciones agrícolas; promedios regionales y ejemplos de algunos países (1980-2000)

	Proporción de la PEA en agricultura ⁽¹⁾			Valor agregado en agricultura (porcentaje del PIB) ⁽²⁾			Exportaciones agrícolas (porcentaje de la exportación de mercancías) ⁽²⁾		
	1980	1990	2000	1980	1990	2000	1980	1990	2000
África	69	64	59	29	29	27	51	45	43
<i>África del Norte</i>	44	32	27	15	16	13	16	15	11
Egipto	57	41	34	18	19	17	22	19	-
Túnez	39	28	25	14	16	12	8	12	9
<i>África subsahariana</i>	72	68	63	31	30	28	59	55	52
Camerún	73	70	59	31	25	43	64	35	36
Sudáfrica	17	14	10	6	5	3	11	12	12
Tanzania	86	84	80	-	46	45	76	-	-
Zimbabwé	72	68	63	16	16	18	43	51	60
América Latina y el Caribe	31	25	21	16	14	10	47	47	44
<i>El Caribe</i>	26	22	17	14	11	7	38	36	43
Jamaica	31	25	21	8	7	6	14	20	23
Rep. Dominicana	32	25	17	20	13	11	73	-	-
<i>América Central</i>	42	34	27	22	19	13	65	68	57
Guatemala	54	52	46	25	26	23	70	73	60
México	36	28	21	9	8	4	15	13	5
Nicaragua	42	34	27	23	31	-	83	91	90
<i>América del Sur</i>	31	25	21	13	14	12	42	39	36
Argentina	13	12	10	6	8	5	71	61	45
Brasil	37	23	17	11	8	7	50	31	28
Paraguay	45	39	34	29	28	20	88	90	80
Asia	46	41	36	21	23	23	28	15	11
<i>Asia Oriental</i>	49	40	33	15	13	13	5	6	3
China	74	72	67	30	27	16	-	16	7
Rep. de Corea	37	18	10	15	9	5	9	5	3
<i>Sudeste de Asia</i>	56	52	48	21	29	25	31	17	9
Indonesia	58	55	48	24	20	17	22	16	13
Tailandia	71	64	56	23	13	10	58	34	18
<i>Asia Meridional</i>	67	61	57	40	33	27	48	23	19
India	70	64	60	39	31	25	33	20	14
Pakistán	63	52	47	30	26	27	44	20	13
<i>Asia Central</i>	-	-	-	-	33	32	-	-	-
Kazajstán	-	-	18	-	-	9	-	-	8
Uzbekistán	-	-	28	-	33	34	-	-	-
<i>Asia Occidental</i>	26	20	15	9	14	17	19	12	12
Jordania	18	15	11	8	8	2	25	11	16
Rep. Árabe Siria	39	33	28	20	28	23	13	18	13
Oceanía	48	43	37	27	21	19	70	71	43
Regiones desarrolladas	15	11	8	8	10	7	23	19	14
<i>Europa Oriental</i>	28	23	17	20	18	12	17	15	9
<i>Europa Occidental</i>	12	8	5	7	5	3	21	17	13
<i>Otras regiones desarrolladas</i>	7	5	4	6	4	2	34	27	22
El mundo	43	38	34	20	20	18	39	32	29

Nota: Los promedios regionales de cada variable han sido calculados para países con datos disponibles para al menos dos de los períodos considerados. Las exportaciones agrícolas abarcan las de alimentos y de materias primas agrícolas.

Fuentes: (1) Calculados con datos de la FAO 2004; (2) Banco Mundial 2004b.

Gráfica 6.1 Valor agregado agrícola, porcentaje de crecimiento anual (1970-2001)



Fuente: Calculado con datos del Banco Mundial 2004b.

Cuadro 6.2 Coeficientes de pobreza e indigencia en América Latina, porcentaje sobre la población (1980–2002)

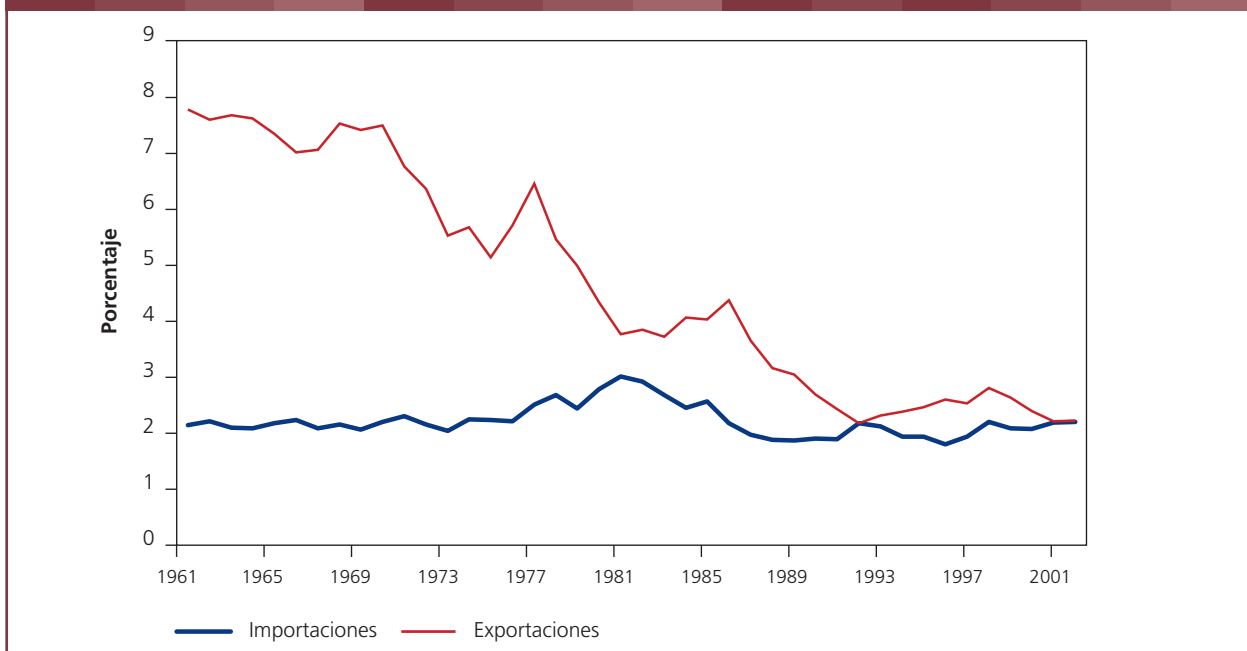
Año	Pobre			Indigente		
	Total	Urbana	Rural	Total	Urbana	Rural
1980	41	30	60	19	11	33
1990	48	41	65	23	15	40
2000	43	36	63	18	12	38
2002	44	38	62	19	14	38

Fuente: CEPAL 2004.

milenio con un porcentaje de población rural pobre e indigente más alto que en 1980 (véase el cuadro 6.2). Al mismo tiempo, las reformas económicas tendían a reforzar las divisiones existentes entre regiones y entre productores.⁷ Los productos con mayor dinamismo de los años 90 fueron aquellos cultivados por agricultores modernos, capitalizados por sus vínculos con la agroindustria internacional y los mercados de exportación. Los productos que estaban en disminución eran cultivados en gran parte por los pequeños agricultores. Uno de los efectos negati-

vos de la liberalización en América Latina ha sido el alza de las importaciones agrícolas.⁸

En ninguna parte han sido más profundos los efectos rurales de las políticas de liberalización que entre los pueblos dependientes de la agricultura del África subsahariana. En comparación con otras regiones en desarrollo, allí la agricultura había generado ingresos relativamente bajos antes de la liberalización, aunque no de manera uniforme. Los organismos estatales eran considerados culpables en gran parte porque sus operaciones

Gráfica 6.2 Participación porcentual del África subsahariana en el comercio agrícola mundial (1961-2002)

Fuente: Calculado con datos de la FAO 2004.

onerosas absorbían los ingresos gubernamentales y además eran ineficientes en la entrega de insumos y en el pago a los agricultores. Se suponía que con las políticas de ajuste, en especial con la reducción de la participación estatal en la economía, se invertirían estas tendencias de la agricultura africana.

En los últimos 30 años, las tasas de crecimiento agrícola del África subsahariana han fluctuado desordenadamente (véase la gráfica 6.1). Ambas tasas de crecimiento, las altas y las bajas (que en algunos años han sido negativas), han sido el resultado de circunstancias especiales, mitigándose así el impacto de las reformas liberales. Uganda, país al que a menudo se cita como un ejemplo de éxito debido a dichas reformas, es un caso pertinente. Allí se han logrado tasas altas de crecimiento, pero el torbellino de los años previos a la reforma había golpeado la economía a tal extremo que la base para medir su comportamiento era artificialmente baja.

A través de los años, los proponentes de la reforma han aceptado cada vez más que la respuesta de la agricultura africana a la liberalización ha sido decepcionante.⁹ Los agricultores

comerciales más grandes y los terratenientes han estado en mejor posición para aprovechar los precios altos y los mercados nuevos que los pequeños propietarios, quienes en todas partes constituyen la vasta mayoría. En varios países y para productos agrícolas particulares, la liberalización sí generó incentivos para la producción de cultivos de exportación por parte de los pequeños propietarios, pero estas ganancias no han perdurado. Como indica la gráfica 6.2, en el transcurso de los años 80 y 90, en la medida en que la liberalización avanzaba, el África subsahariana fue testigo de la disminución sostenida de sus exportaciones agrícolas como porcentaje del comercio agrícola mundial.¹⁰

Mientras tanto, los problemas en torno a la producción y la seguridad alimentaria están lejos de ser resueltos. Las escaseces del año 2002 en África meridional, tal como ya se advirtió, revelaron el estado cada vez más endeble de los medios de vida rurales. El deterioro de la seguridad alimentaria de los hogares de Malawi, Zambia y Zimbabwe ha sido atribuido a la pérdida de los subsidios para fertilizantes y semillas y del crédito rural,

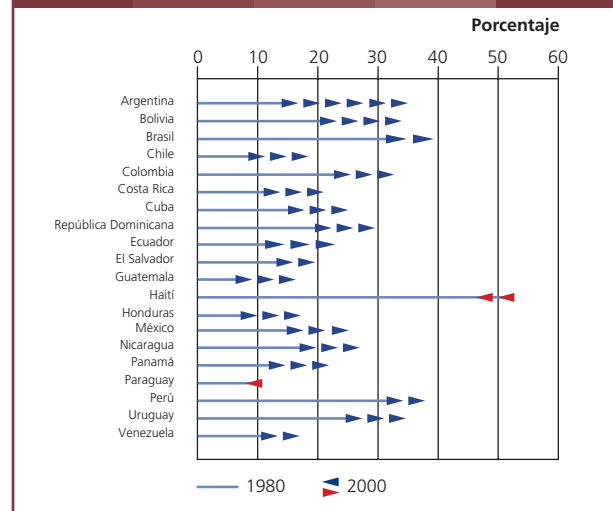
además de los recortes a los servicios de comercialización agrícola, especialmente en zonas remotas.¹¹ A pesar de haber sido objeto de mucha burla, los organismos estatales de comercialización sirvieron para que los pequeños propietarios resolvieran sus necesidades de insumos, proporcionaron vías de comercialización para agricultores alejados y sumamente dispersos, y aplicaron normas de calidad a los productos agrícolas. Su desmantelamiento ha suscitado gran preocupación.¹² Los comerciantes privados que han tomado el lugar de dichos organismos proporcionan servicios irregulares, evitan atender a los agricultores en zonas donde los costos del transporte son altos, y no realizan inspecciones adecuadas ni aplican ningún control de calidad.¹³

REPERCUSIONES DE LA REFORMA ECONÓMICA EN LA DISTINCIÓN POR GÉNERO

Es difícil hacer un examen diferenciado por sexo de las implicaciones de la reforma económica en los medios de vida de la población rural. Los datos básicos disponibles son insuficientes para hacer un análisis de género generalizado sobre el cambio agrario; la única guía utilizable sobre las tendencias regionales es la información proveniente de algunos países seleccionados, por lo que resulta difícil la extrapolación a partir de datos dispersos y no indicativos.¹⁴

Las estadísticas agrícolas nacionales son deficientes en varios aspectos clave, algunos de los cuales son resultado de utilizar como unidad de análisis ya sea al titular individual o bien al predio, lo cual significa que las relaciones entre los miembros del hogar dedicados a la agricultura no pueden ser ponderadas. Sucede también que la información exacta sobre el trabajo agrícola de las mujeres por su propia cuenta es escasa, lo cual se debe en gran parte a las técnicas y métodos que se aplican para recopilar las estadísticas agrícolas nacionales. Aun cuando las encuestas sobre fuerza laboral proporcionan datos desagregados por sexo, frecuentemente su información no es confiable o es engañosa. Mucho del aumento que se sugiere que hubo en la actividad económica de las mujeres de América Latina entre

Gráfica 6.3 Tasas de actividad rural femenina: América Latina (1980-2000)



Nota: Los datos se refieren a la población de 10 años de edad y más.
Fuente: CEPAL 2002.

1980 y 2000 refleja simplemente que el registro anterior era insuficiente (véase la gráfica 6.3). Esto impide llegar a conclusiones precisas acerca de las tendencias en el empleo de las mujeres rurales, especialmente en la medida en que, contra toda probabilidad, los datos indican que las mujeres trabajadoras se concentran en las actividades no agrícolas.¹⁵

Los estudios de casos sobre las repercusiones de la liberalización en las relaciones cambiantes entre hombres y mujeres son pocos y aislados, especialmente en relación con el África subsahariana. Para América Latina, hay estudios de casos sobre cultivos de alto valor agrícola para exportación donde se destaca el papel de las mujeres trabajadoras; pero hay mucho menos información sobre la repercusión de la liberalización en el cultivo de productos tradicionales por parte de los pequeños agricultores desde la perspectiva de género.

En este capítulo se analiza primero el sector de los pequeños agricultores, en el cual la producción agrícola está organizada en torno al hogar, con la unidad de producción coincidiendo con la de consumo, y donde es característico que un porcentaje de la producción no entre en el sistema de mercado sino que sea consumido en el hogar. Éste sigue siendo una institución clave

dentro de la economía agrícola de muchas regiones en desarrollo, especialmente en el África subsahariana. En los últimos dos decenios, la agricultura a pequeña escala ha quedado sujeta a presiones graves. Más adelante se pasa a explorar el empleo asalariado rural en la agricultura para exportación de las grandes corporaciones. Ésta emerge como una nueva fuente significativa de empleo para las mujeres rurales, especialmente en América Latina, donde los niveles de diferenciación socioeconómica son muy altos y un estrato de hogares bastante amplio carecen de tierra o tienen muy poca y dependen del salario. En la tercera sección se advierte la diversificación más general de los medios de vida de los pequeños agricultores, en la cual todos los miembros del hogar, hombres, mujeres y niños, se involucran cada vez más. La economía doméstica y asistencial no remunerada es muy importante para los medios de vida rurales en todas sus diversidades.

La economía invisible: Trabajo no remunerado en el hogar

La economía doméstica no remunerada, es decir, la administración del hogar y la satisfacción de las necesidades básicas de sus miembros, es sumamente importante para la subsistencia en el medio rural. En este contexto a las mujeres les corresponden papeles múltiples. A menudo ayudan en el cultivo doméstico de alimentos y el manejo del ganado menor, así como en el procesamiento y la preparación de los alimentos; son las únicas responsables de la recolección de combustibles y agua, y de la crianza de los hijos y la atención a los enfermos y los ancianos; también ganan a menudo pequeñas cantidades de dinero por su labor como empresarias informales, lo cual incluye la venta de los productos hortícolas excedentes y la preparación de bebidas. Todas estas actividades consumen tiempo y energía y conllevan un significado económico para el hogar. La investigación sobre medios de vida las menciona de paso, pero en muy pocos estudios se recopilan datos de manera sistemática sobre el trabajo no remunerado de las mujeres. Como resultado de ello, es difícil trazar las implicaciones de la liberalización en las cargas de trabajo no remunerado de las mujeres y sobre los indicadores de

salud y nutrición. Puede ser que estos últimos sólo lleguen a manifestarse a largo plazo.

En el África subsahariana, las mujeres del campo suelen dedicar entre 3,5 y 5 horas diarias a buscar y acarrear agua y leña, y a preparar los alimentos y cuidar de los niños; además, trabajan en las parcelas al lado de los hombres. El VIH/SIDA ha intensificado la carga que llevan muchas mujeres y niñas africanas, ya que tienen que atender como enfermeras a los pacientes durante el largo período de deterioro de estos últimos. Las niñas pueden ser retiradas de la escuela para que apoyen a la familia; las mujeres de mayor edad son las que se encargan de criar a los muchos nietos huérfanos que son hijos de sus hijos e hijas fallecidos. Las obligaciones y costos para la familia relacionados con el cuidado de los enfermos son más pesados en los países donde la infraestructura social y de salud es mínima.¹⁶ Por consiguiente, la reducción de los servicios y la fijación de cuotas de pago a los usuarios, relacionada con los programas de reforma económica, discriminan de forma negativa a las mujeres porque les asignan una carga mayor de trabajo (véase también el capítulo 8).

Además de las implicaciones por la reducción de subsidios estatales a los servicios de salud y el suministro de otros servicios públicos como agua, sanidad y electricidad, las presiones sobre los recursos de tiempo y energía de las mujeres han aumentado también por el deterioro del medio ambiente y la comercialización de los recursos naturales.¹⁷ La recolección de combustible y agua lleva más tiempo y cuesta más. En un estudio sobre la adopción de bicicletas por parte de las mujeres en una zona propensa a la sequía de Tamil Nadu (India), un uso importante de ese medio de transporte fue para poder recoger agua potable de fuentes distantes.¹⁸ La inversión pública en infraestructura de bajo costo tecnológicamente adecuada y en el suministro de servicios básicos contrarrestaría las desventajas crecientes; pero esa no es la dirección de los programas de políticas que promueven la privatización de los servicios públicos.

Se puede decir que las cargas domésticas infligen sobre muchas mujeres africanas una “hambruna de tiempo”, al limitar sus posibilidades de dedicarse al trabajo productivo.¹⁹ Otras de ellas llegan a gastar una gran parte de su tiempo en trabajo muy mal remunerado, si es que dicho tipo de trabajo está disponible.²⁰

Aun si las mujeres no sufren discriminación aguda por razón de sexo en el acceso a la comida, como sucede en Asia Meridional, su nivel general de bienestar físico se ve afectado por las largas horas que dedican al trabajo con desgaste intensivo de energía, así como por la frecuencia de los partos.²¹ Los índices de mortalidad materna son altos, comparados con los de otras regiones, y han estado aumentando en años recientes.²² Aun cuando sea difícil demostrar el efecto que pueda tener la carga de la asistencia no remunerada en la productividad económica cuantificable de las mujeres, es obvio que ocasiona un deterioro en su salud y su estado nutricional, así como en las de sus hijos. Por lo tanto, hay razones suficientes para hacer que se reduzca la carga del trabajo no remunerado de la mujer, aun si esa carga no constituye un impedimento insalvable para que todos los días dediquen también parte de su tiempo a los fines denominados “productivos”.

La agricultura a pequeña escala en el contexto de la liberalización

Liberalización y pequeños agricultores en el África subsahariana

Tanzania es un caso raro donde hay investigación excelente sobre los efectos de la liberalización en las zonas rurales, incluidas las diferencias basadas en el género. Uno de los rasgos de la política de desarrollo rural posterior a la independencia de Tanzania fue su empeño en aumentar los ingresos de los pequeños agricultores y favorecer el cultivo de los productos destinados a la alimentación local en vez de los destinados a la exportación. Sin embargo, el apoyo del Estado a la agricultura resultó ser oneroso y se hizo cada vez más ineficiente. La producción disminuyó, contribuyendo así a una crisis económica severa a principios del decenio de 1980. Los préstamos del FMI para la recuperación económica estuvieron condicionados por los programas de ajuste estructural, en los cuales la reforma del sector agrícola tenía alta prioridad.

Desde entonces se han estudiado a fondo los efectos de la liberalización en cultivos específicos (café, algodón, anacardo).²³ Se identificaron los problemas siguientes: el colapso de los

sistemas de crédito; una disminución marcada en la utilización de insumos, especialmente entre los pequeños agricultores; la fijación de impuestos locales onerosos y complejos; y la inestabilidad de los precios de los productos agrícolas a nivel mundial. Restricciones semejantes afectaron a los pequeños productores por toda la región, contribuyendo a que las tasas de crecimiento de la agricultura fueran bajas o incluso quedaran estancadas durante el período que abarca desde el comienzo de la liberalización, a principios del decenio de 1980, hasta la actualidad. La producción de alimentos no se ha incrementado, mientras que el comportamiento de los cultivos para exportación es muy desigual.

Entre los cambios habidos en el mercado de Tanzania se incluye un gran incremento en las exportaciones de anacardo. Cuando han podido, los pequeños agricultores han abandonado los cultivos tradicionales comerciales para dedicarse a la producción del anacardo. Los resultados de este giro han sido contradictorios. En un estudio elaborado por la institución Ayuda en Acción, los agricultores y funcionarios de distrito entrevistados distinguían marcadamente entre un período de “luna de miel”, que empezó poco después de las reformas del mercado de mediados de los años 90, cuando el precio mundial era alto, y continuó hasta el año 2000, y un período de crisis, que empezó en el año 2000 y continúa todavía.²⁴ Durante la luna de miel, los pequeños productores se beneficiaron mucho con la liberalización del comercio del anacardo. La competencia entre los compradores en el sector recientemente privatizado era dura, y los agricultores obtuvieron buenos precios y al alza. La zona dedicada a la plantación de ese tipo de árboles se extendió, a la vez que aumentaron los rendimientos por hectárea, el precio de exportación y el precio al productor. Pero en 2001 la crisis ya se había establecido, dirigida por los recortes drásticos a los precios en el mercado mundial. Además de la caída de los precios, los compradores habían establecido cárteles a través de los cuales podían exprimir a los pequeños productores.

¿De qué manera han afectado estos cambios de fortuna a los productores masculinos y femeninos en el interior de las unidades domésticas? Tradicionalmente, los hombres son los propietarios de las plantaciones y las mujeres aportan la

mayor parte del trabajo. En el período de la luna de miel, las mujeres estaban mejor remuneradas por su trabajo y se contrataba mano de obra extra para ayudarlas. No obstante, en el estudio que se hizo se encontró que las mujeres ganaban menos que los hombres. Esto se debe en parte a que los hombres controlan la venta de la cosecha del anacardo, negociando los precios con los clientes; por lo tanto, las mujeres se enteran poco sobre la cantidad vendida o el precio de venta. Hay también indicación de un aumento de las tensiones entre hombres y mujeres durante el tiempo de ingresos lucrativos. Según informaron las mujeres, en la medida en que los precios para los productores se elevaron, aumentó también la tasa de divorcio. Ellas se quejaban de que los maridos utilizaban el trabajo de sus esposas durante la temporada del anacardo, sólo para abandonarlas e irse en busca de esposa nueva cuando terminaba dicha temporada.

A pesar de esas protestas por lo acontecido, las mujeres se beneficiaron temporalmente con el auge. Ellas no se opusieron a trabajar más intensamente en la época de la luna de miel, compartieron los ingresos domésticos al alza y disfrutaron de mejores condiciones al inicio del período posterior a la liberalización que después del año 2001. En la época del auge sus familias habían podido contratar mano de obra para ayudar en la granja, pero esto ya no era posible. Algunas mujeres ya no podían comprar ni siquiera una pequeña cantidad de parafina para una lámpara y tenían que pasar las noches en la obscuridad.

En un estudio extenso sobre Mozambique se informa de manera más detallada sobre las repercusiones de la liberalización en la producción y el procesamiento del anacardo.²⁵ Esto confirma que las repercusiones dependen de la forma como se distribuye el control que ejercen hombres y mujeres sobre los recursos clave, los ingresos por los cultivos y los insumos laborales. La carga de trabajo extra que soportan las mujeres no parece generar conflicto entre los sexos. Los efectos más importantes suceden en la economía doméstica, con sus implicaciones especiales para el bienestar de la familia. La liberalización ha acarreado una pérdida del ingreso real y ha aumentado la indefensión frente a los comerciantes poderosos y los mercados mundiales inestables. Las lecciones que se derivan de estos estudios, comprobadas con datos de otros

países, son, por un lado, que el sector privado proporciona mercados inadecuados para los agricultores a pequeña escala; y, por otro lado, que la exposición a los mercados mundiales comporta una mayor vulnerabilidad.

Los cambios en las cargas de trabajo, tal como demuestran estos casos, tienen un potencial de generación de tensiones entre hombres y mujeres. Un punto de vista que se generalizó en los años 90, especialmente en el Banco Mundial, fue que la débil “respuesta por parte de la oferta” de la agricultura de África a la liberalización podría atribuirse a la inflexibilidad de los roles sexuales en el interior del hogar, así como a la falta de voluntad de las mujeres para contribuir con trabajo no remunerado a los cultivos comerciales controlados por sus maridos.²⁶ Una propuesta alternativa es que esas restricciones y conflictos de intereses de género en el interior del hogar, si bien suceden entre marido y mujer, se han exagerado. Hay campos significativos de interés común entre esposos y esposas en los hogares de los pequeños agricultores, y hay pruebas considerables de flexibilidad en cuando a los roles sexuales en la agricultura en general. Si la liberalización ha fracasado en su intento de aumentar la producción agrícola, la causa principal han sido las restricciones más amplias que afectan a los pequeños agricultores y que la propia liberalización ha exacerbado, y no las consecuencias económicas de los roles sexuales y los conflictos de género en el interior del hogar. A menudo, el conflicto mismo de género refleja la forma como afectan a los hogares y las comunidades los resultados deletéreos de la liberalización. En este sentido, el conflicto de género es un síntoma y no una causa del malestar económico.

La liberalización y los hogares de los agricultores en América Latina

Varios procesos que coincidieron durante los pasados 30 años han contribuido a generar cambios en la división del trabajo en función del sexo entre los pequeños agricultores de América Latina, cambios que han sido descritos algunas veces como tendencia hacia la “feminización de la agricultura”.²⁷ La causa principal ha sido el surgimiento de una clase de pequeños agricultores empobrecidos y desposeídos, proceso que se aceleró en los años 60 y 70 y que, por lo general, se caracterizó por el

surgimiento de un grupo extenso de hombres que se quedaron sin tierra o con parcelas muy pequeñas. En todo el mundo la participación masculina en el trabajo temporal asalariado, sobre todo cuando implica migración estacional, se relaciona con una mayor participación femenina en la agricultura. Esto se deriva de la flexibilidad general de la división del trabajo en función del sexo en la agricultura a pequeña escala.

Durante la era de la liberalización, la participación de las mujeres en la agricultura parece haber cambiado: ya no son meramente trabajadoras “secundarias”. Las mujeres están emergiendo como administradoras de granjas, que proveen el grueso del trabajo agrícola en el predio familiar y se encargan de tareas adicionales, mientras los hombres emigran en busca de fuentes alternativas de ingreso. Al suprimir el apoyo estatal directo a la producción nacional de alimentos, la reforma agrícola ha acelerado ese proceso. Además, la exportación de productos agrícolas tradicionales, como el café, ha disminuido como resultado de la liberalización del comercio mundial y de la baja de precios en los mercados de materias primas. La “feminización de la agricultura” es, por lo tanto, un fenómeno relacionado con la falta de viabilidad de la producción agrícola de los pequeños agricultores en la era actual.

La medida en que la liberalización ha perjudicado a la agricultura a pequeña escala depende en gran parte del grado de apoyo estatal que los pequeños propietarios recibían anteriormente, así como del grado en que abastecían de alimentos básicos al mercado. Los productores de subsistencia en países como Perú y Bolivia han sido afectados menos directamente por dichas políticas que por los cambios en los mercados laborales urbanos y rurales. Los más perjudicados han sido los productores pequeños y medianos, o sea los beneficiarios de anteriores iniciativas de desarrollo. La retirada del apoyo estatal anterior y el ritmo de la liberalización proveniente del exterior son elementos cruciales de esa situación.

Estos factores son los que permiten distinguir el caso de México. De 1970 a 1982, los sucesivos gobiernos mexicanos promovieron una política de “soberanía alimentaria”, invirtiendo para ello en infraestructura rural física y social, y suministrando crédito y apoyo técnico a los pequeños agricultores. La estabilización y el ajuste de las políticas relacionadas con la crisis de

la deuda de 1982, combinados con la apertura general de la economía y el desmantelamiento de las instituciones estatales que apoyaban a la agricultura, tuvo severas implicaciones para la rentabilidad de los predios pequeños. Las presiones se agravaron después de la aplicación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) en 1994; de repente se incrementaron las importaciones de maíz procedente de los Estados Unidos de América. Esto hizo que cayeran los precios a tal extremo que las medidas de compensación del Gobierno para sostener los ingresos agrícolas se volvieron totalmente inadecuadas.

La “feminización de la agricultura” en México está directamente relacionada con el incremento de la emigración masculina a larga distancia de los años 80 y 90 y, particularmente, con la migración desde las zonas rurales hacia los Estados Unidos de América. Las mujeres, especialmente las casadas, se convirtieron en administradoras agrícolas cuando tanto los maridos como los hijos estaban ausentes por períodos considerables de tiempo. Procesos semejantes están desarrollándose en América Central, donde el Estado ha recortado gradualmente su apoyo a la producción de granos básicos.²⁸ Puesto que es más común que los hombres busquen trabajo asalariado emigrando a larga distancia, las mujeres suelen ser quienes sostienen la producción agrícola y garantizan la seguridad alimentaria del hogar. Esto explica también el alto porcentaje de hogares encabezados por mujeres en la región.

La experiencia de la India

La feminización de la agricultura en la India ha sucedido de manera diferente. Entre 1972-73 y 1999-2000, el porcentaje de trabajadores rurales en la agricultura descendió del 84 al 76 por ciento. Esto se debió en gran parte a que los trabajadores masculinos se retiraron por completo de la agricultura, en tanto que las mujeres permanecieron ahí en números sustanciales. Cualquiera que haya sido el grado de absorción de la mujer en el sector no agrícola, desde 1987-88 se ha reducido, y desde que empezó el programa de reforma económica, en 1991, esa desaceleración ha sido impresionante.²⁹ En efecto, el empleo de las mujeres rurales a nivel de toda la India ha mostrado tener una estabilidad notable en el transcurso de los años. En 1961, cerca del 90 por ciento de las trabajadoras rurales trabajaban en la

Cuadro 6.3 Empleo de mujeres en la producción agrícola de alto valor para exportación

	Personas empleados	Composición por sexo (porcentaje femenino)	Edad (rango o mediana)	Tipo de empleo
Flores cortadas				
Kenya	40.000 (+4.000 a 5.000 pequeños agricultores)	75	20–34	Por temporada
Uganda	3.000	75–85	–	Permanente
Zimbabwe	27.000	79–87	–	Por temporada y permanente
Colombia	70.000 (+50.000 en la industria empacadora femenina)	60–80	15–28	Permanente y por contrato
Ecuador	30.000 – 50.000	50–70	16–29	Permanente y por contrato
Frutas				
Sudáfrica	280.000	53	31	Por temporada, temporal y por contrato
Brasil	–	65	–	Permanente
Chile	336.739	45	30	Temporal
Verduras				
Kenya	20.000–32.000	66	18–29	Temporal
Guatemala	18.000 pequeños agricultores	33 en labores de campo 100 en labores de procesamiento	–	–
México	1,2 millones	50–90	–	Temporal, por temporada

Fuente: Adaptado de Dolan y Sorby 2003.

agricultura; en 1994 la cifra era del 86 por ciento, una disminución marginal. Las mujeres abarcan una proporción cada vez más importante de la mano de obra ocasional en las zonas rurales, en tanto que los hombres se retiran de la agricultura y se dedican a otras ocupaciones. Por lo tanto, en algunos análisis se considera que la India rural también ha sido testigo de una feminización de la agricultura.³⁰ Pero la feminización del trabajo agrícola asalariado, que a menudo es el más pesado, peor pagado y de más baja categoría, no es lo mismo que feminización de la administración parcelaria.³¹ Por lo que se refiere a la India hay pocas pruebas de que las mujeres estén encargándose de administrar la granja familiar.

La diversificación de los medios de vida rurales

Dos tendencias importantes han surgido junto con la liberalización. La primera y más directamente atribuible a esa política es el crecimiento de la agricultura corporativa de exportación a gran escala, particularmente de productos hortícolas de valor elevado, tales como flores, frutas y verduras. Esta es una nueva y significativa fuente de empleo para las mujeres rurales de muchos lugares del mundo. La segunda es la diversificación más general de los medios de vida de los pequeños agricultores, de la cual participan cada vez más todos los miembros del hogar. Hay dos preguntas clave relacionadas con el género, que se suscitan al tomar en consideración ambas tendencias, a saber: ¿Qué tipo de estrategias de diversificación tratan de aplicar las mujeres y cuáles son sus efectos? Y, ¿qué tipo de cambios están

Casilla 6.1 Las temporeras frutícolas de Chile

En el sector chileno de exportación frutícola en expansión, un porcentaje alto de los trabajadores por temporada son mujeres, muchas de ellas empleadas en empacadoras. Trabajar colectivamente en las empacadoras debería proporcionar una oportunidad para organizarse; sin embargo, las trabajadoras temporeras de Chile todavía están dispersas y tienen dificultades para organizar actividades colectivas a largo plazo. En 1998, sólo el uno por ciento de las trabajadoras frutícolas temporeras pertenecían a algún sindicato.

La escasa membresía sindical es en parte un reflejo de las políticas represivas del régimen militar de la época en que el sector estaba en expansión. Sin embargo, aun en la nueva era democrática, los sindicatos no tienen poder de negociación colectiva en representación de las trabajadoras temporeras. En el caso específico de estas mujeres, muchas de sus necesidades—contar con facilidades para el cuidado de los hijos, puesto que la temporada de trabajo coincide con el final del año escolar; empleo fuera de temporada, educación y capacitación—no son atendidas por los sindicatos, y esto genera una falta de incentivo para afiliarse.

Las mujeres tienden a mirar hacia otro lado. Una vía para satisfacer sus necesidades ha sido la participación en organizaciones de base comunitaria, fuera del lugar de trabajo, apoyadas por las iglesias y las organizaciones no gubernamentales (ONG). Estas organizaciones tienen una ventaja sobre los sindicatos: pueden adaptarse a las necesidades específicas de las trabajadoras estacionales, funcionando como puntos de reunión durante los períodos de desempleo, y pueden combinar las demandas relacionadas con el trabajo con proyectos sociales de autoayuda y de apoyo adicional fuera de temporada. Pero las iniciativas de base comunitaria también tienen sus limitaciones: carecen de coordinación y dependen de fuentes externas de financiamiento, las cuales han estado disminuyendo a raíz del retorno a la democracia. Puede ser que tampoco sean capaces de ayudar a las trabajadoras migrantes o no estén dispuestas a hacerlo.

En el lugar de trabajo, las temporeras aplican sus propias estrategias para mejorar sus condiciones de trabajo. Por ejemplo, para lograr que les aumenten las remuneraciones recurren a la huelga aunque ésta no esté aprobada por el sindicato. Las mujeres se refieren a este tipo de paro como “cruce de brazos” (conocido también como huelga de “brazos caídos”): al aprovecharse de la índole perecedera de los productos que manejan, las temporeras sólo tienen que cruzarse de brazos y dejar que la fruta se eche a perder a fin de obtener algún poder de negociación. Clave para el éxito es el número de trabajadoras que participen, lo cual a su vez depende mucho de las redes sociales de familiares y amigos. La heterogeneidad de las temporeras como grupo social, y el hecho de que la base de su unidad se disuelve al final de cada temporada, dificulta el que la respuesta unificada sea sostenible.

Fuentes: Barrientos et al. 1999; Barrientos y Barrientos 2002.

sucedido en las relaciones entre hombres y mujeres en los hogares rurales como resultado de estas nuevas tendencias en el estilo de vida agrícola?

Formas nuevas de empleo agrícola

La agricultura corporativa es una fuente de empleo nueva y creciente para las mujeres rurales de la India. En Andhra Pradesh y el Punjab, respectivamente, las semillas híbridas de algodón y de tomate se han convertido en el soporte principal de la agricultura corporativa de nuevo estilo. La consolidación de estas

unidades agrícolas ha dado como resultado la enajenación de las tierras de los pequeños agricultores y la utilización de una fuerza de trabajo extremadamente esporádica e indefensa compuesta sobre todo de mujeres y niños.³² Un estudio realizado en Punjab mostró que las mujeres representan el 60 por ciento de la mano de obra en el sector de producción de tomates, mientras que sólo reciben el equivalente al 60-75 por ciento del salario masculino.

En varios países del África subsahariana se producen también cosechas de alto valor para exportación, para abastecer sobre

todo a los mercados europeos cuando termina la temporada de producción en Europa. En Kenya, Uganda, Sudáfrica y Zimbabwe se están expandiendo las exportaciones de flores cortadas y verduras aunque, tal como muestra el cuadro 6.3, por lo general el número de trabajadores participantes sigue siendo reducido. Las mujeres constituyen un porcentaje alto de esta nueva fuerza de trabajo.

La tendencia hacia la agricultura corporativa y su explotación de una fuerza laboral sumamente esporádica y sobre todo femenina ha sido más marcada en América Latina, y de mucho más larga duración allí que en cualquier otra parte. Históricamente, la distribución de la tierra ha sido muy sesgada en esta región, con un número sustancial de hogares que carecen de tierras o tienen muy poca, y dependen del trabajo asalariado. Las políticas de reforma económica de los años 80 y 90 suscitaron un aumento de la fuerza laboral asalariada, necesario para el despegue de la agricultura corporativa de exportación. Las mujeres constituyen entre el 40 y el 60 por ciento de la fuerza laboral dedicada en el campo a esos cultivos, así como la abrumadora mayoría de las personas empleadas en las empacadoras.³³

Esta nueva forma de empleo para la mujer tiene efectos positivos en sus medios de vida, pero varios factores contribuyen a socavarlos. Las corporaciones agrícolas emplean significativamente una fuerza de trabajo segregada en función del sexo, y las mujeres son empleadas de manera abrumadora en las actividades más peligrosas, peor pagadas y de menor capacitación, sin oportunidades de mejoramiento. A menudo el trabajo es por temporada, con largos horarios de faena, condiciones deficientes de salud y seguridad, y sin protección social.³⁴ Se considera que uno de los riesgos principales para la salud es el uso de insumos tóxicos sin la capacitación adecuada y sin equipo de protección. Hay también posibles efectos de larga duración en la salud, los cuales no están siendo suficientemente investigados.³⁵ En algunos países que tienen cosechas de alto valor para exportación (incluidos Sudáfrica, Chile y Argentina) ha habido un alza notable en la utilización de mano de obra por contrato, tanto masculina como femenina, la cual es empleada por intermediarios. Esto reduce los costos del trabajo y facilita la flexibilidad de la producción para exportación en la medida en que los contratistas movilizan sus equipos de trabajadores de un

sitio a otro. Pero los trabajadores empleados por los contratistas rara vez gozan de prestaciones o protección social por el empleo, y constituyen un grupo de trabajo sumamente indefenso.

Sin embargo, las nuevas oportunidades para la mujer también han generado algunos cambios sociales positivos. Las mujeres jóvenes disponen ahora de otra opción aparte de la emigración del medio rural al urbano y el empleo doméstico, además de tener un cierto grado de autonomía económica, movilidad física y, posiblemente, más personas entre las que elegir para casarse. Se tiende a preferir a las jóvenes solteras como candidatas al empleo en lugar de las casadas y con hijos, sobre todo en las empacadoras, pero estos empleos también se han vuelto cruciales para el número creciente de mujeres que son jefe de familia. Un mayor poder de negociación, derivado de su mayor aportación a los ingresos familiares, les ha dado a las mujeres casadas mayor influencia en la toma de decisiones en el hogar. Sin embargo, en la medida en que las mujeres tratan de influir más en la toma de decisiones de la familia, también aumentan las tensiones en el interior del hogar.

A fin de atender el alto nivel de inseguridad y los bajos niveles de ingreso y de protección social que afectan a las mujeres trabajadoras, se requeriría algún tipo de acción colectiva de su parte. Fortalecer las organizaciones laborales y comunitarias de trabajadoras por temporada, físicamente dispersas y a menudo aisladas, constituye un desafío primordial, aunque están haciéndose algunos esfuerzos al respecto, notablemente entre las temporeras (trabajadoras que laboran por temporada) del sector de cultivo de frutas de Chile (véase la casilla 6.1).

Repercusiones de la diversificación de los medios de vida en relación con el género

La “diversificación de los ingresos” (término usado cuando los hogares rurales realizan otras actividades ajenas a la producción agrícola para ampliar sus fuentes de sostenimiento), se ha extendido en muchos entornos rurales durante los últimos 20 años. En ella se incluye la migración estacional en busca de trabajo, rasgo permanente de los medios de vida rurales de muchas partes de África, Asia y América Latina. Por lo tanto, la diversificación no es tan nueva, pero parece que está intensificándose. Hay diferentes escuelas de pensamiento en las que se duda si

esta tendencia es positiva o negativa para quienes participan en ella y para la economía rural en general.

La diversificación de las fuentes de ingreso es bienvenida por parte de los responsables de la formulación de políticas, quienes insisten en que es un indicador de la “densidad” creciente de una economía rural y de mercados rurales que abarcan una gama más amplia de actividades, incluidas las industrias rurales. Se dice que los eslabonamientos hacia atrás y hacia adelante, que ligan a la agricultura con otros sectores de manera más efectiva, son importantes para la reducción de la pobreza rural. Sin embargo, se ha expresado una preocupación creciente sobre algunas de las formas que ha adoptado la diversificación de los ingresos. En algunos análisis se considera que la tendencia creciente a la generación de ingresos fuera de la parcela agrícola representa una búsqueda de la supervivencia bajo condiciones de presión económica cada vez mayor. Esto ha permitido a algunos autores subrayar que en efecto hay dos tipos diferentes de vínculos con la pobreza. Algunos ingresos percibidos fuera de la agricultura les proporcionan a las personas vías para salir de la pobreza, ya sea debido a la diversificación misma, que les permite obtener ingresos mayores y más seguros, o bien porque dichos ingresos pueden ser reinvertidos en la agricultura. En otros casos, los ingresos obtenidos son tan bajos que de hecho la diversificación contribuye a un ciclo de empobrecimiento.³⁶

Son relativamente pocos los estudios donde se examina el proceso de diversificación desde una perspectiva de género. Un proyecto de investigación detallada que sí lo hace abarca cuatro estudios a nivel de aldea en el sur de Tanzania.³⁷ En el mismo se mostraron las cuatro tendencias siguientes. Primero, hay una diversificación importante de los ingresos rurales percibidos fuera de la agricultura, y esta diversificación sucede sobre todo en los sectores no agrarios en vez de en los agrarios. Segundo, las nuevas formas de migración son importantes para las estrategias contemporáneas de diversificación; y tercero, la diversificación no proporciona el tipo de ahorros necesarios para invertir en la agricultura. En vez de ello, las estrategias de diversificación están dominadas por el comercio de artículos menores, a menudo de bienes de consumo baratos importados del sur y el este de Asia, de ropa de segunda mano y de alimentos importados. Finalmente, la mayoría de las oportunidades de trabajo

aprovechadas por hombres y mujeres jóvenes se caracterizan por bajos requisitos de calificación al ingresar y por su baja remuneración, por lo cual los ingresos generados son insuficientes; unos cuantos hombres jóvenes logran participar en actividades mejor remuneradas.

Hay resultados paralelos en otros lugares. Los estudios sobre empleo e ingresos fuera de la parcela realizados en Ecuador, El Salvador y el nordeste del Brasil, sugieren que la probabilidad de que se emprendan actividades no agrícolas de baja productividad y escasamente remuneradas es mayor para las mujeres que para los hombres.³⁸ Un estudio cualitativo detallado de las estrategias de supervivencia en el medio rural de Uzbekistán muestra también que las mujeres están confinadas en gran parte a las estrategias de supervivencia de baja remuneración en segmentos superpoblados de la economía informal.³⁹

Una estrategia de supervivencia adoptada por las mujeres empobrecidas es la de emprender trabajo ocasional en la agricultura comercial o a pequeña escala, remunerado en efectivo o en especie. Los datos disponibles sugieren que en el África subsahariana este es un campo creciente de diversificación. Se sabe poco sobre los coeficientes salariales para este tipo de trabajo, o sobre sus efectos en la propia agricultura de las mujeres; sin embargo, hay pruebas provenientes de Malawi de que esta última se resiente cuando las mujeres son forzadas a realizar el trabajo denominado *ganyu* (trabajo agrícola ocasional a destajo).⁴⁰ Algunas estimaciones permiten sugerir que a las mujeres se les paga entre la tercera parte y la mitad de la cantidad que se paga a los hombres por una jornada de trabajo, y que emprender trabajo agrícola ocasional de este tipo es un signo de pobreza extrema. Sin embargo, en los estudios realizados en Uganda, Mozambique y Sudáfrica se encontró que el trabajo asalariado aporta más ingresos que el del empleo por cuenta propia. En Sudáfrica, el empleo en grandes empresas agrícolas privadas o del Estado puede aportar a las mujeres ingresos mucho más confiables y seguros que los que haya disponibles en las granjas de pequeña escala o con otras formas de empleo por cuenta propia.⁴¹

El lado más oscuro de la diversificación

Algunas veces el cuadro es terrible. En un estudio sobre el mercado laboral femenino de Zimbabwe se examinó un ingenio

Casilla 6.2 Diversificación y cambio en las estructuras domésticas de la India

Se ha observado que en la India ha habido cambios en las prácticas matrimoniales, algunos de los cuales se relacionan con la diversificación de los ingresos en el medio rural. Estos cambios son: mayor edad para el matrimonio; intensificación y dispersión de la dote, y tendencia a la formación de familias nucleares. Los hogares pueden subdividirse en unidades nucleares cuando algunos de los miembros pasan de la agricultura a otras ocupaciones o emigran separadamente en busca de trabajo, y cuando los miembros tratan de controlar sus ingresos en vez de compartirlos con la familia extensa. Para algunas personas pertenecientes a una unidad familiar empobrecida, esa puede ser una estrategia de supervivencia, o puede derivarse de la movilidad social hacia arriba.

Para una familia de agricultores, parte de la lógica con que se apuntala la costumbre de tener muchos hijos y una estructura de familia extensa consiste en aportar trabajo y apoyo mutuo; por ello, la tendencia hacia la familia nuclear está conectada con la disminución de la propiedad de la tierra y la diversificación de las ocupaciones agrícolas hacia las no agrícolas. Entre los grupos con mejores condiciones de vida y mejor educados, también puede reflejarse el deseo de las nueras de escaparse del yugo de las suegras con sus demandas de trabajo doméstico, así como su competencia por la devoción de sus maridos y el deseo de tener más control sobre las finanzas del hogar.

Puesto que las mujeres mismas influyen en esta tendencia, ellas deben considerarla favorable a sus intereses, aunque también haya pérdidas: conseguir ayuda para el trabajo doméstico y el cuidado de los niños es menos fácil para la mujer cuando forma parte de una familia nuclear. Puesto que la liberalización tiende a acelerar la diversificación de los medios de vida, separando a muchas personas de la agricultura, y a agudizar la falta de tierras, se supone que también promueve la formación de familias nucleares (lo cual es probable que continúe siendo así).

Fuente: Jackson y Rao 2004.

azucarero que emplea a 3.400 trabajadores permanentes con una cohorte más pequeña de trabajadores esporádicos, muchos de los cuales eran mujeres. Aunque el salario por trabajo ocasional era relativamente adecuado, el empleo era estacional. El factor clave que afectaba las remuneraciones en general era la duración del período de trabajo, el cual variaba de año en año. Muchas mujeres estaban en circunstancias pésimas, especialmente cuando sus contratos expiraban. La mayoría de ellas eran madres solteras que habían inmigrado por trabajo, dejando atrás a sus hijos en sus hogares de las aldeas, y vivían en las cercanías del ingenio durante todo el año. Cuando no las necesitaban, su única opción era el comercio sexual. No tenían la protección de su familia y sus parientes, y algunas de ellas se juntaban con los hombres sólo para tener un lugar donde vivir.⁴²

El estudio de Zimbabwe muestra cómo los problemas de supervivencia han reducido a algunas mujeres que no son trabajadoras sexuales regulares a comerciar con su sexo por dinero

o bienes sobre una base de actividad ocasional. Un estudio sobre mujeres trabajadoras sexuales en el estado de Orissa, en la India, muestra resultados semejantes. En él se registra el fenómeno de las “trabajadoras sexuales volantes”: mujeres casadas, con hijos, que van al pueblo por las noches a ganar dinero extra, especialmente antes de los festivales.⁴³ En estas instancias, el trabajo sexual es parte de un conjunto de actividades a las que se dedican esporádicamente las mujeres (y algunos hombres), no una ocupación especializada.

Como ya se advirtió, la diversificación de las actividades fuera de la agricultura entre los trabajadores rurales de la India se ha concentrado mayoritariamente en los hombres; pero tiene una variedad de repercusiones en materia de género, y la movilidad que ello implica también ha contribuido a cambiar las estructuras familiares (véase la casilla 6.2). En la actividad no agrícola, parece que los sectores principales de crecimiento son la construcción, transporte, almacenamiento, venta al por

menor, hotelería y restauración, en todos los cuales se prefiere contratar trabajadores masculinos. El empleo femenino ha permanecido confinado más o menos al sector agrícola, incluyendo algunas veces la migración estacional en el mismo medio rural.⁴⁴ En algunas áreas y entre algunos grupos sociales, la migración de toda la familia es la norma. Muchas de esas familias carecen de tierra, pertenecen a una casta baja y son analfabetas, y trabajan en empleos que no requieren capacitación, como en hornos de elaboración de ladrillos y en la construcción, en el procesamiento de pescado y en la agricultura de temporada; las mujeres sólo se ocupan en las actividades más serviles y peor pagadas. En dichos casos, las relaciones de género permanecen sin alteración.⁴⁵ Después de toda una jornada de trabajo, las mujeres todavía tienen que cocinar para el grupo familiar y acarrear agua y combustible, mientras que los hombres descansan. Además, el control de los salarios de las mujeres permanece en manos de los hombres, como jefes que son del hogar.

Uno de los aspectos más significativos de la segmentación de la fuerza de trabajo es la divergencia entre las actividades que requieren de poca calificación para ingresar y ofrecen una remuneración baja, por un lado, y las ocupaciones a las que pueden acceder las personas con mayor calificación y en las que se percibe una remuneración alta, por otro. No es de sorprender que las mujeres estén abrumadoramente enclaustradas en las actividades de baja calificación y baja remuneración, a las cuales se ven impulsadas por necesidades de supervivencia, al igual que los hombres; pero algunos de estos últimos también logran ocupar puestos de calificación alta con alta remuneración. La cantidad irrisoria que perciben las mujeres con sus nuevas fuentes de ingreso contribuye a que se forme un círculo vicioso de subcapitalización. Los ahorros de los hombres como trabajadores migratorios o con empleo asalariado formal a menudo han sido utilizados para invertir en la agricultura de alto valor o en alguna empresa familiar, permitiéndoles comercializar en el mercado una producción cada vez mayor. Es mucho menos probable que las mujeres obtengan ingresos suficientes fuera de la agricultura para poder acumular ahorros e invertirlos en esta última.⁴⁶

No obstante lo anterior, hay excepciones, especialmente en África Occidental, donde la mujer controla la comercialización de los productos agrícolas. En el sur de Ghana, donde las mujeres

comerciantes son prominentes, es probable encontrar más mujeres que hombres en el tipo de actividades que requieren baja calificación y en las cuales se percibe baja remuneración; pero hay una minoría de mujeres que operan a gran escala, incluido el nivel internacional. Una de las consecuencias de la liberalización comercial para las mujeres comerciantes de Ghana ha sido el tener que participar en una competencia más dura; para ello se requieren más recursos y habilidades, por eso las mujeres que son pobres y están en desventaja pierden ante los operadores más poderosos.

Cuando las mujeres migrantes jóvenes buscan empleo en las ciudades, surgen oportunidades de movilidad económica y las normas y prácticas sociales pueden cambiar notablemente. En países como China y Bangladesh, donde la industria manufacturera que emplea a la mujer se ha expandido en años recientes (véase el capítulo 5), hay cifras significativas de mujeres jóvenes que han logrado acceder por primera vez al empleo asalariado.⁴⁷ Muchas de ellas mantienen sus lazos familiares e invierten sus ahorros en tierras, insumos agrícolas, vivienda y formación en capacitación vocacional. Las trabajadoras migrantes casadas gastan mucho en las cuotas escolares de sus hijos, ya que para ellas la educación constituye una ruta potencial de movilidad social.⁴⁸ Por desgracia, en algunos países, especialmente del África subsahariana, la liberalización repentina ha ido acompañada del colapso de las industrias nacionales y, en consecuencia, hay escasez de empleo, lo cual dificulta la incorporación de las migrantes rurales que van en búsqueda de nuevas oportunidades de vida.

Restricciones a la diversificación de las fuentes de ingreso de la mujer

Hay varias razones por las cuales los mercados laborales rurales se mantienen tan fuertemente segmentados por sexo en diferentes entornos. Algunas son directa y estrictamente económicas, relacionadas con los costos de entrada (necesidad de capital) y con el valor que quienes buscan empleo dan a su propio trabajo. Muchas de las oportunidades de empleo para la mujer fuera de la agricultura se concentran en empresas a pequeña escala que tienen costos de iniciación muy bajos.

Cuadro 6.4 Forma de adquisición de la propiedad agraria por sexo (en porcentajes)

	Herencia	Comunidad	Estado	Mercado	Otra	Total	
Brasil							
Mujeres	54,2	—	0,6	37,4	7,8	100	n = 4 345
Hombres	22,0	—	1,0	73,1	3,9	100	n = 34 593
Chile							
Mujeres	84,1	—	1,9	8,1	5,9	100	n = 271
Hombres	65,4	—	2,7	25,1	6,8	100	n = 411
Ecuador							
Mujeres	42,5	—	5,0	44,9	7,6	100	n = 497
Hombres	34,5	—	6,5	43,3	15,6	100	n = 1 593
México							
Mujeres	81,1	1,8	5,3	8,1	3,7	100	n = 512
Hombres	44,7	14,8	19,6	12,0	8,9	100	n = 2 547
Nicaragua							
Mujeres	57,0	—	10,0	33,0	—	100	n = 125
Hombres	32,0	—	16,0	52,0	—	100	n = 656
Perú							
Mujeres	75,2	1,9	5,2	16,4	1,3	100	n = 310
Hombres	48,7	6,3	12,4	26,6	6,0	100	n = 1 512
Parejas	37,3	1,6	7,7	52,6	0,8	100	n = 247

Fuente: Deere y León 2003: cuadro 3.

Las razones por las que las mujeres están dispuestas a trabajar por salarios muy bajos comparados con los de los hombres son complejas. Entre algunas consideraciones importantes se incluye el bajo potencial de ingresos que tendrían al trabajar por cuenta propia y las necesidades familiares urgentes como, por ejemplo, alimentar a los hijos. A menudo hay pocas oportunidades de ingreso a nivel local para el gran número de mujeres que buscan trabajo a fin de poder satisfacer las necesidades básicas, ya que los varones, que son los jefes de familia, no logran aportar lo necesario. La categoría superior de los hombres como agricultores y su acceso más amplio a la tierra y al crédito les permite tener una posición de repliegue más fuerte y les ofrece oportunidades de mejor remuneración. Las restricciones sociales y culturales que afectan a las mujeres pueden jugar un papel más importante aún que el de los factores económicos. En muchos lugares de Asia, solamente las mujeres de los grupos sociales más bajos trabajan como asalariadas en las granjas de otras personas, en tanto que, al

mismo tiempo, la confianza, la reputación y los contactos sociales preservan para los hombres determinados nichos lucrativos del mercado laboral.

El acceso a los recursos: Tierra y crédito

Género y tierra

Una de las lecciones principales que se derivan de la experiencia sobre reforma económica y liberalización es que la escasez de recursos de los agricultores les impide aprovechar las nuevas oportunidades. La tierra sigue siendo un bien clave para la economía rural.⁴⁹ En el decenio de 1990, las instituciones de tenencia de tierras de varios países estuvieron sujetas a la reforma. En muchos casos los donantes internacionales han estado sumamente involucrados en el diseño de estas reformas, apoyándose en la visión de que teniendo las “instituciones correctas” (esto es, derechos de propiedad privada mediante registro y titularidad), se fortalecerían los mercados, se facilitaría la

entrada de capital extranjero en el sector agrícola y se fomentaría el desarrollo en general.

En muchos países los activistas en pro de los derechos de la mujer han estado sumamente involucrados en los debates de política agraria, a menudo junto con otros grupos de la sociedad civil, como sindicatos campesinos, ONG y movimientos sociales. Las demandas de las mujeres para tener la titularidad o la propiedad de tierras han suscitado disputas, mostrándose así las profundas divisiones que hay en el seno de la sociedad civil, y generándose acusaciones de que algunas mujeres de manera individual o en grupos están dispuestas a ser cooptadas por el Estado o por los donantes externos. Esto es lo que sucedió durante los debates sobre las recientes reformas agrarias en Tanzania, las cuales culminaron con la aprobación, en 1999, de dos leyes detalladas.⁵⁰ Cuando los movimientos sociales rurales y los sindicatos apoyan las demandas de las mujeres sobre tenencia de tierras (como sucede en el Brasil, con el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra) y la Confederación Nacional de los Trabajadores en la Agricultura, esto sólo sucede después de muchos años de activismo feminista dentro y fuera de los movimientos sociales en cuestión.⁵¹

Dichos esfuerzos dieron como resultado un avance significativo en la aprobación de leyes agrarias más equitativas en materia de género en el decenio de 1990. La reforma de los códigos civiles de América Latina ha permitido expandir gradualmente los derechos de propiedad de las mujeres casadas así como de las que están en unión libre. Las mujeres también han obtenido el acceso a la tierra por vía de los programas estatales de reparto y registro agrario en el último decenio, en gran parte como resultado del aumento y consolidación de las organizaciones nacionales de mujeres campesinas y su éxito en la promoción de sus demandas.⁵² En la India, en el Noveno Plan Quinquenal (1997-2002) se dio atención especial a los derechos agrarios de las mujeres y de las poblaciones tribales, estando ambos grupos fuertemente representados en la agricultura a pequeña escala.⁵³

En el África subsahariana, el acceso de las mujeres a la tierra ha estado históricamente sancionado por los sistemas autóctonos o “consuetudinarios” de tenencia agraria. Sin embargo, desde principios de los años 50, la posición de las mujeres ha retroce-

dido ante el registro agrario y la introducción de la titularidad y la propiedad agraria individual. Con la asignación de derechos agrarios formales se ha tendido a promover la desigualdad y a realzar la inseguridad: durante los procesos de registro, a menudo se les ha negado a las mujeres, a los pastores y a las tribus minoritarias el reconocimiento de sus derechos consuetudinarios.⁵⁴ A menudo se menciona la experiencia de Kenya como emblemática de la forma como los procesos de titularidad y registro agrario dejan fuera a las mujeres. En la ola reciente de legislación y programas de titularidad agraria de Tanzania, Uganda, Malawi, Côte d'Ivoire, Níger, Ghana, Zimbabwe y Sudáfrica, se ha dado un mayor reconocimiento, aunque desigual, a los intereses agrarios de la mujer.

Aun cuando se reconozcan formalmente los derechos de la mujer, continúa habiendo una brecha sustancial entre el reconocimiento legal de sus derechos a la propiedad o tenencia agraria, y el acceso efectivo de las mujeres a la tierra como una fuente de ingreso. Las razones de esta brecha son complejas y varían de un lugar a otro. Pero dos tendencias significativas de las políticas requieren atención, especialmente si se espera que las mujeres pobres tengan acceso a la tierra sobre una base de seguridad: por un lado, la insistencia en desarrollar mercados de tierras; y, por otro, el resurgimiento del interés político respecto a los mecanismos locales e informales de administración de la tierra.

Instauración de mercados de tierras

Si las mujeres pobres en particular han de tener acceso a la tierra sobre una base segura, se tendrá que dar atención a la excesiva insistencia de las políticas actuales en la instauración de mercados de tierras mediante el registro y concesión de algún título. Dichas políticas están lejos de ser una solución completa a la escasa capitalización, la falta de mejoramiento agrícola y los reducidos ingresos de los pequeños agricultores. La información disponible proveniente de diversos países permite sugerir que los mercados de tierras rara vez favorecen a los campesinos pobres y que no son imparciales en el trato del hombre y la mujer; véase el cuadro 6.4 para información al respecto sobre América Latina.

En un estudio amplio de los datos a nivel del continente sobre los efectos de la privatización de la tierra en el África subsahariana,

se encontró también que los procesos recientes de privatización y concentración de la tierra (en vez de los esquemas de registro agrario nacional por sí mismos), han reducido el derecho de la mujer a la tierra.⁵⁵ En el contexto de las reformas habidas en Tanzania señaladas anteriormente, en el cual se estableció un grupo de trabajo sobre tierra y género, algunas feministas consideran que aun cuando los derechos agrarios de las mujeres como esposas están protegidos bajo la nueva Ley Agraria de las Aldeas, sus derechos como miembros de la comunidad están en peligro dados los principios de la liberalización y las estructuras administrativas que ahora han sido establecidas.⁵⁶

Sin embargo, no todos los partidarios de las mujeres comparten esta visión poco favorable de la liberalización. Algunos de los grupos más influyentes del grupo de trabajo sobre tierra y género de Tanzania apoyaron el registro y titularidad agraria y la creación de mercados de tierras, puesto que se les permitiría a las mujeres adquirir tierra y registrarla a su nombre para que pudieran heredarla sus descendientes. Sin embargo, dicho optimismo puede resultar fuera de lugar, especialmente por lo que se refiere a las mujeres de bajos ingresos; en el contexto de la comercialización y el dominio que ejerce el mercado, la tendencia para los grupos más débiles, entre ellos el de las mujeres pobres, es la de perder los derechos consuetudinarios de que antes gozaban, mientras que los contestatarios poderosos que luchan por controlar ese recurso vital consolidan su posición.

En Sudáfrica la reforma agraria constituye un proceso en cierta manera diferente, ya que opera en el marco de referencia histórico del apartheid. Aquí, la reforma ha seguido un modelo de intercambio de “comprador voluntario-vendedor voluntario”; el compromiso con la equidad entre el hombre y la mujer ha operado principalmente al nivel de un principio superior debido a la falta de rendición política de cuentas en torno a los derechos agrarios de las mujeres, así como a las debilidades institucionales y operativas. El interés por el proceso se ha concentrado en la incapacidad del Estado, dentro de la camisa de fuerza de la compatibilidad con el mercado, de adquirir y redistribuir la tierra productiva de forma activa y a gran escala. En junio del 2000, el promedio nacional de transferencia de tierra agrícola a los nuevos propietarios era del uno por ciento (logro insignificante en relación con la necesidad y la demanda). Un

programa dirigido estrictamente hacia la demanda entra en conflicto con la meta de obtener el apoyo político de las mujeres, porque en dicho programa se olvida la forma como las relaciones de poder y las divisiones internas en las comunidades influyen en la manera como se articula la “demanda”.⁵⁷ Hasta la fecha, el logro principal ha sido asegurarse de seleccionar a las mujeres para que participen en los comités sobre proyectos junto con los hombres; sin embargo, dadas las dificultades que a menudo sufren las mujeres al expresar públicamente sus puntos de vista en esas circunstancias, dicha participación no garantiza una representación efectiva favorable a los intereses de la mujer en la planificación de proyectos. Tampoco se puede asegurar que vayan a tenerla en el futuro.⁵⁸

La falta de una política agraria en general (en Sudáfrica así como en muchos otros países), limita más aún la efectividad de la reforma agraria y la propiedad privada de la tierra como agentes de desarrollo. Dado este vacío en las políticas, no está del todo claro que el tener acceso seguro a una parcela de tierra sea suficiente para proporcionar las bases de un nivel de vida digno. En el caso de la India, por ejemplo, la disminución de la inversión pública junto con otros signos de estancamiento rural son causas graves de alarma. Que un cambio como el reconocimiento del derecho de la mujer a la tenencia de la tierra con *patta* (título), o el suministro de capacitación y servicios de extensión para las mujeres rurales sea realmente significativo, es algo que está por lo menos en tela de juicio.

El turno y el retorno de las instituciones locales e informales

En los últimos años ha habido un resurgimiento del interés político en los mecanismos informales, “consuetudinarios”, de administración agraria a nivel local, como parte del interés más amplio en la descentralización y el fortalecimiento del gobierno local.⁵⁹ Pero hasta ahora ha habido poca discusión sobre cómo funcionan estos sistemas locales en la práctica, incluyendo su capacidad para asignar los recursos de manera más equitativa entre hombres y mujeres. En la mayoría de los entornos de Asia y África, la mujer tiene poco poder de toma de decisiones en relación con la tenencia agraria a todos los niveles, no sólo dentro de las instituciones formales gubernamentales y legislativas,

sino también, y especialmente, en la toma informal de decisiones a nivel local. En varios países, incluidos Sudáfrica y Ghana, hay preocupaciones serias sobre el lugar que se le asigne a las autoridades “tradicionales” en el gobierno local rural, puesto que su poder no siempre tiene bases democráticas y el “tradicionalismo” al que se adhieren puede ser contrario a los intereses de las mujeres.⁶⁰

Cuando la toma de decisiones relacionada con la tierra se transfiere a las instituciones informales de base comunitaria, como en Uganda, donde se ha ido más lejos en este camino, las mujeres están encontrando que la “justicia” impartida por los consejos locales es sumamente discriminatoria. Un observador lo explica así: “Las mujeres sopesan abiertamente si ellas, como forasteras por quintaesencia en la sociedad patrilineal y patri-local, pueden obtener un juicio imparcial ante un consejo local constituido por los parientes y los amigos de sus esposos.”⁶¹ Se han suscitado preocupaciones semejantes sobre la descentralización de la administración agraria en China. Aquí el giro del poder hacia las autoridades locales, sin instrucciones claras por parte del Gobierno central, ha favorecido el desarrollo de prácticas locales que violan las leyes nacionales cuyo propósito es salvaguardar los derechos de la mujer a la tierra.⁶²

El acceso al crédito

Las restricciones en cuanto al acceso al capital son sumamente importantes tanto para los hombres como para las mujeres dedicados a la agricultura. Toda la agricultura a pequeña escala requiere algo de capital, aun la agricultura de subsistencia, para la cual hay que tener semillas y herramientas; pero la agricultura comercial, ya sea de cultivos alimentarios o para exportación, requiere un desembolso mucho mayor. A menudo, las sumas implicadas están fuera del alcance de muchas mujeres, a cuyas manos desgraciadamente puede llegar muy poco dinero en efectivo durante un año normal.

En el decenio pasado, se prestó considerable atención a las políticas de intervención mediante microcréditos para reducir la pobreza. Frecuentemente, la mujer ha sido el blanco específico de las facilidades de microcrédito, tal como fue ordenado por la Declaración de Beijing y su Plataforma de Acción. Dada la falta de acceso independiente de las mujeres rurales a todo

tipo de recursos, incluido el capital, esta política de atención al crédito ha sido un éxito rotundo.

Asia Meridional ha sido sede de algunas de las campañas más activas para extender el microcrédito a las mujeres. En India, la concesión de créditos adecuados y a tiempo, con tasas razonables de interés, ha sido un objetivo declarado de las políticas públicas desde la independencia. Consecuentemente, las instituciones de crédito del sector formal se han expandido y el crédito subsidiado o regulado se ha puesto a disposición de grupos en desventaja a través del Programa de Desarrollo Rural Integral (IRDP, en sus siglas en inglés), así como por otras vías de préstamo bancario. Sin embargo, hubo muchos problemas burocráticos así como falta de sensibilidad hacia el contexto social y económico en el cual operaban estos programas.

En 1991 empezó un período de reforma bancaria, junto con otras reformas dirigidas a lograr la liberalización. Una investigación reciente sobre la concesión de créditos muestra que el porcentaje que le corresponde a la agricultura en el desembolso total de crédito disminuyó entre 1985 y 2001. Más significativamente, la parte del crédito agrícola para los agricultores marginales, quienes en 1990 recibían el 30 por ciento del crédito agrícola de los bancos comerciales, disminuyó al 24 por ciento en 1999-2000. En el mismo período, el número de beneficiarios que recibían crédito a través del Programa de Desarrollo Rural Integral también disminuyó de 2,9 millones a 1,3 millones.⁶³ Aunque la información desagregada por sexo no está disponible, es probable que sólo una proporción insignificante de dicho crédito haya sido destinada a las mujeres, debido al requisito del aval de la tierra para obtener crédito agrícola y siendo que la mayoría de ellas carecen de títulos de tierra.⁶⁴

El Gobierno ha tratado de llenar este vacío mediante una expansión rápida de la concesión de microcréditos, formando grupos de ayuda mutua (SHG, en sus siglas en inglés), sobre todo entre mujeres. Estos grupos tienen como objetivo superar los problemas de inaccesibilidad, costos altos de transacción y escasas amortizaciones a los que se encaran las instituciones formales. Del apoyo a 500 grupos que se dio en 1992, el programa se extendió hasta 500.000 grupos en 2002, cubriendo en conjunto a más de 40 millones de personas, de las cuales el 90 por ciento eran mujeres, lo cual es un logro significativo.⁶⁵

Hay, sin embargo, algunas deficiencias en la extensión del crédito a las mujeres de los sectores más pobres de la sociedad. Las ONG son responsables de vincular a las mujeres miembros con las fuentes de crédito en el 70 por ciento de los casos; por ello la presencia de ONG activas en el microfinanciamiento determina la medida en que se pueda extender el crédito a las potenciales usuarias. Dichas ONG están desigualmente distribuidas a través del país, tendiendo a concentrarse en determinados estados y zonas. Es desalentador también que, a pesar de la participación de las mujeres en la cría de ganado en todo el medio rural de la India, del total de crédito a pequeña escala que se ofreció para la agricultura y actividades afines durante 1999-2000, sólo el seis por ciento se destinó a financiar ganadería y productos lácteos. Otro problema es el del relativamente reducido monto de los préstamos en promedio: la cantidad que característicamente se entrega a las mujeres miembro de los grupos de ayuda mutua es de 1.000 rupias. A menudo, en el pasado, este nivel bajo de préstamo hizo que las mujeres cayeran en una trampa de infracapitalización en proyectos para generar ingresos y que no se lograra el despegue económico previsto.

En un estudio sobre los grupos de ayuda mutua de Andhra Pradesh, se señala que aun cuando la organización de las mujeres en grupos es ciertamente una estrategia que avanza en la dirección correcta, ello no contribuye de manera automática a cambiar las normas sociales y lograr la igualdad de género.⁶⁶ La información proveniente de Bangladesh (otro país de Asia Meridional donde los esquemas de microcrédito se han multiplicado como setas en décadas recientes), es contradictoria. Algunos estudios muestran que la posición negociadora de la mujer en los hogares se fortalece por el acceso al crédito y por el control sobre los ingresos y los bienes que ello acarrea, en tanto que otros investigadores argumentan que los préstamos y la presión para amortizarlos generan estrés, así como niveles más altos de violencia doméstica.⁶⁷

DETECCIÓN DEL CAMBIO EN LAS RELACIONES POR GÉNERO

En el decenio de 1990, la disminución del apoyo estatal a la agricultura doméstica y la exposición a mercados mundiales de productos agrícolas sumamente inestables y por lo general deprimidos, han golpeado muy duro a muchos hogares de pequeños agricultores de los países en desarrollo. Si bien pocos investigadores han escogido para su estudio los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres dentro de estos hogares y comunidades, no hay duda de que los apremios económicos graves han generado un entorno propicio a la desintegración de la familia, el intercambio de roles entre hombres y mujeres, y cambios en el control de recursos y en las relaciones entre el hombre y la mujer. En muchos de los países donde la emigración masculina permanente o estacional ha sido muy marcada, las mujeres que se quedan solas han asumido la responsabilidad única del hogar agrícola. En contextos donde la liberalización no ha logrado generar un alza sostenida de los ingresos en la agricultura, las tensiones y los conflictos de género son probablemente un resultado de los cambios en el modo de vida que los hogares se han visto forzados a emprender.

Unos cuantos estudios, incluido el estudio de Tanzania que ya se hizo referencia, proporcionan ideas específicas sobre los efectos de los procesos desatados por la liberalización en las relaciones entre hombres y mujeres en las sociedades rurales.⁶⁸ En Tanzania, la “lucha por el dinero en efectivo” causó un trastorno en la división ancestral del trabajo según el sexo y las generaciones. La distribución anterior del trabajo entre hombres y mujeres se ha desquiciado, y ellos generalmente han aceptado que sus esposas y sus hijas trabajen ahora fuera del hogar. A menudo, las mujeres se refieren a su nuevo papel como receptoras de ingresos, como algo impuesto por el empeoramiento de las condiciones económicas. Mientras que la gama de actividades remuneradas con dinero en efectivo en que las mujeres tratan de ocuparse se amplía constantemente, algunos hombres también se han encargado de tareas que tradicionalmente estaban asignadas a las mujeres, tales como la elaboración de cerveza. En la medida en que van desapareciendo las barreras de edad y sexo

para la incorporación al mercado, se ha suscitado una división creciente entre quienes tienen capital suficiente para aprovechar las oportunidades que permiten generar altos rendimientos fuera de la agricultura y quienes no lo tienen.

En el estudio de Tanzania se señalan también los efectos profundos que ha habido en las relaciones entre hombres y mujeres y entre las distintas generaciones. No obstante que, por una parte, los hombres parecían estar dispuestos a aceptar que las mujeres aprovecharan las nuevas oportunidades para ganar dinero, por otra estaban mucho menos dispuestos a aceptar una reestructuración de las relaciones en el hogar. Las mujeres se quejaban por tener una jornada diaria de trabajo más intensa, y en las comunidades donde ellas han ganado más dinero en comparación con los hombres, pueden enfrentarse a las quejas de sus desmoralizados maridos, quienes se sienten ofendidos por los esfuerzos de sus esposas para obtener dinero extra mediante el comercio y la elaboración de cerveza. Se mencionó también que la violencia física contra la esposa es un problema creciente.

Las dificultades para renegociar las relaciones y las responsabilidades conyugales se mencionan de nuevo en otro estudio, éste sobre los efectos de la liberalización en las relaciones entre hombres y mujeres y en la seguridad alimentaria en dos aldeas del medio rural de Kenya.⁶⁹ Aquí, las oportunidades de ingreso y de empleo de los hombres han sido socavadas por la liberalización, pero las mujeres han buscado oportunidades nuevas tanto dentro como fuera de sus granjas. Consecuentemente ha habido conflictos en las relaciones de género en torno al control de los ingresos, la toma de decisiones y cuestiones de respeto a la familia. Los apremios sobre el hogar y la pérdida del papel del hombre como encargado de ganar el pan de cada día han agudizado los problemas, y la violencia doméstica ha aumentado. El trabajo de las mujeres remunerado con dinero en efectivo les deja poco tiempo para las tareas del hogar y el cuidado de los hijos, y sus opciones de gasto han provocado sospecha y desconfianza por parte de los hombres.

Esto forma parte de una imagen clásica generada por la disminución de ingresos en la agricultura a pequeña escala y por la intensificación de los esfuerzos de mucho tiempo para lograr diversificar los ingresos en los hogares rurales, proceso en el cual la división del trabajo por sexo y por generación, así como

la autoridad, se ven sacudidas. Este fenómeno, al mismo tiempo que provoca tensiones en las relaciones entre hombres y mujeres, también genera espacios nuevos de autonomía personal que las mujeres han aprovechado. El proceso de diversificación ha adoptado varias formas. Es probable que la negociación de las obligaciones en función del sexo a los niveles más bajos de la escala de ingresos suscite conflictos entre hombres y mujeres, y también es probable que éste sea el efecto de la liberalización que más se haya extendido. Tal como se ha mostrado en este capítulo, aunque hay algunas mujeres que están diversificando sus actividades a fin de obtener mejores ingresos, para la vasta mayoría de las mujeres del medio rural la diversificación es más una estrategia de supervivencia que una vía para salir de la pobreza. En determinadas circunstancias, cuando hombres y mujeres por igual, como miembros del hogar, necesitan obtener ingresos no agrícolas para poder sobrevivir, es posible que pueda haber más oportunidades para que sean ellas quienes lo logren; pero entonces pueden surgir tensiones de género en torno a las nuevas oportunidades de ganar dinero de las mujeres, especialmente si los hombres no encuentran empleo o sus ingresos agrícolas están en franca disminución.

Notas

- 1 Cámara de los Comunes del Reino Unido, International Development Committee 2003:15; Devereux 2002.
- 2 Patnaik 2003.
- 3 UNCTAD 2002; Gore 2003.
- 4 TWN 2003; Raghavan 2004.
- 5 Banco Mundial 1981.
- 6 Para América Latina, véase Spoor 2002.
- 7 David et al. 2001.
- 8 Deere 2004: cuadro 2, basado en FAOSTAT para 43 países y territorios.
- 9 Banco Mundial 1994:171.
- 10 Moyo 2002.
- 11 Abalu y Hassin 1999.
- 12 Bryceson 1999a, 1999b; Deininger y Olinto 2000; MAFF 1999; Oxfam/IDS 1999; Wold 1997.
- 13 Bryceson 2002.
- 14 Para una discusión extensa de los problemas metodológicos y estadísticos, véase Deere 2004 para América Latina, Whitehead 2004 para el África subsahariana, Jackson y Rao 2004 para la India.
- 15 Véase Deere 2004.
- 16 Msimang y Ambert 2004; Mackintosh y Tibandebage 2004; sobre las mujeres ancianas de Tailandia, véase Knodel et al. 2001.
- 17 Heyzer 1996.
- 18 Rao 1999.
- 19 Véase Blackden 1997 para el caso de Zambia, y Dolan 1997 para el de Kenya.
- 20 Whitehead 2001.
- 21 Kabeer 2003: 155.
- 22 Galli y Funk 1995; Bijlmakers et al. 1996.
- 23 Rweyemamu 2003; Mung'ong'o 2000; Sen 2002; Bigsten et al. 2001; Ellis y Mdoe 2002; Baffes 2002a, 2002b.
- 24 Ayuda en Acción 2004.
- 25 Kanji y Vijfhuizen 2003.
- 26 Blackden y Bhanu 1999; véase Whitehead 2001 para una revisión crítica de la literatura empírica.
- 27 Arizpe et al. 1989.
- 28 Chiriboga et al. 1996.
- 29 Agarwal 2003.
- 30 Agarwal 2003; da Corta y Venkateshwarlu 1999.
- 31 Jackson 2003.
- 32 Gill 2001; da Corta y Venkateshwarlu 1999.
- 33 El extenso material del estudio de caso sobre América Latina ha sido analizado por Deere 2004.
- 34 Dolan 1997; Oxfam/IDS 1999; Dolan y Sorby 2003.
- 35 Barrientos y Barrientos 2002.
- 36 Ellis 2000; Reardon 1997.
- 37 Bryceson 1999a, 1999b.
- 38 Lanjouw 2001; Ferreira y Lanjouw 2001; Elbers y Lanjouw 2001.
- 39 Kandiyoti 2003.
- 40 Whiteside 2000.
- 41 Sender 2002; Sender et al. 2004.
- 42 Adams 1991, citado en Whitehead 2004.
- 43 Gangoli 2003.
- 44 Breman 1985; Teerink 1995.
- 45 Mitra 1989-90.
- 46 Moore y Vaughan 1994.
- 47 Kabeer 2000; Gulati 1993.
- 48 Lee 2004.
- 49 Agarwal 1994.
- 50 Tsikata 2003b.
- 51 Deere 2003.
- 52 Deere 2003.
- 53 Jackson y Rao 2004.
- 54 Platteau 1995.
- 55 Lastarria-Cornhiel 1997.
- 56 Mbilinyi 1999:5, citado en Tsikata 2003b.
- 57 Walker 2003.
- 58 Walker 2003.
- 59 Whitehead y Tsikata 2003.
- 60 Tsikata 2003a.
- 61 Khadiagala 2001: 67.
- 62 Zongmin 2004.
- 63 Ramachandran y Swaminathan 2004.
- 64 Jackson y Rao 2004.
- 65 NABARD 2004.
- 66 Deshmukh-Ranadive 2003.
- 67 Schuler et al. 1996; Goetz y Sengupta 1996.
- 68 Bryceson 1999a, 1999b.
- 69 RODI-Kenya 2004.